

YACHAY ADHIERE A UNA LICENCIA CREATIVE COMMONS
ATTRIBUTION-NONCOMMERCIAL 4.0
INTERNATIONAL – (CC BY-NC 4.0)



MISCELÁNEA

El Padre Miguel Manzanera: las enseñanzas de un profeta

Alberto A. Zalles¹

En este artículo evitaré referirme al pensamiento teológico y filosófico del profesor Miguel Manzanera; aunque, ya que toda su vida estuvo consagrada a la enseñanza universitaria, es difícil no dejar de mencionar las bases de su riguroso trabajo intelectual iluminado por el Evangelio. En realidad, lo que con modestia pretendo con este texto es dar mi testimonio como alumno que fui de Padre Manzanera. Quiero, a la hora de recordarlo con gratitud, manifestar el significado que tuvo en mi formación y en la de los estudiantes que pasamos por las aulas del ISET y que tuvimos la oportunidad de seguir sus enseñanzas. Para situarnos en el tiempo, mis estudios de filosofía en el ISET los realicé entre los años 1979 y el 1983, me licencié en 1984. Llegué al ISET luego de haber cursado un semestre en el proyecto OSCAR de los padres franciscanos.

El padre Miguel, en aquel entonces, ya era el Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias Religiosas de la Universidad Católica Boliviana,

¹ Profesor de español en el sistema de enseñanza de Bélgica. Licenciado en Filosofía, ISET-Universidad Católica Boliviana, 1984. Maestría en Ciencias Sociales, Flacso-Ecuador, 1993. Voluntario en el proyecto OSCAR de los padres franciscanos, 1978.

institución que todos los estudiantes conocíamos como el ISET: el Instituto Superior de Estudios Teológicos, que, en realidad, era una denominación mucho más familiar, más íntima y que correspondía asimismo al ambiente en el cual desarrollábamos nuestros estudios. Por aquellos días, el padre Miguel, como decano, desempeñaba el gran rol de animador de la excelencia académica del instituto.

Por otro lado, por muchas circunstancias, creo que el padre Miguel representaba la imagen del misionero extranjero que con gran caridad y entrega vino al país para ofrecer su vida hasta el punto de adquirir la nacionalidad boliviana. Es por eso que su fallecimiento también marca –como el fallecimiento de muchos misioneros españoles, europeos y norteamericanos– la partida de hombres y mujeres que consagraron su existencia en tierra boliviana para, con el Evangelio, acompañar al pueblo, y para aliviar también las injusticias estructurales de nuestra sociedad. Por su personalidad intelectual, por su posición dentro del ISET, el padre Miguel exultaba una actitud comprometida con el anuncio de la Buena Nueva y, en consecuencia, tuvo la perspicacia de rodearse de intelectuales y sacerdotes que con su ilustración enriquecieron la mente y el espíritu de sus discípulos.

El padre Miguel, a la cabeza del ISET, nos permitió el gran privilegio de alcanzar una sólida formación humanista y cristiana. Basta recordar al grupo de teólogos y filósofos que componían el cuerpo académico para entender el caudal de sabiduría que fluía por el ISET. En tal sentido, no puedo eludir la fuerte impresión que me produce una foto de aquella época: es una imagen que publicaron los jesuitas: en el retrato se puede identificar al entonces padre Jorge Mario Bergoglio, el hoy Papa Francisco; integrando aquel grupo fotografiado se distingue al padre Manzanera y a otros sacerdotes que fueron profesores del ISET. Ahí se ven el padre Antonio Menacho, profesor de teología, el padre Baptista, un especialista de estudios bíblicos y el padre Enrique Jordá,

comprometido con la pastoral campesina. En otra perspectiva, en el ISET convergían varios formadores de las principales órdenes religiosas del país y también formadores del clero diocesano. Todos ellos, uniendo fuerzas, forjaron una fecunda facultad universitaria que benefició a futuros sacerdotes y religiosos y, también, a estudiantes laicos. De más está decir que el ISET se dio por misión también formar a los agentes pastorales y laicos.

En cuanto a mi experiencia estudiantil, desde los primeros semestres quedé marcado por el espíritu de estudio y por la talla intelectual de los profesores. Difícil pormenorizar los aprendizajes que obtuve de cada uno de ellos; sin embargo, a riesgo de omitir a alguien, me animo a citar a quienes recuerdo más vivamente: Iván Tavel, que fue el asesor de mi tesis; José Vives, profesor invitado que me dio Filosofía griega. Después tengo en mente a Juan Bailly, Hans van den Berg, Francisco Dardichón, Eduardo Arboleda, Gregorio Iriarte, Juan José Jimenez, Luis H. Antezana, Enrique Rocha, Fernando Gonzales, María Elisa Gantier y Antonia Valencia, estas dos últimas teresianas. En las materias teológicas recuerdo a Enrique Jordá, Edmundo Abastoflor, Louis Jolicoeur y a Javier Baptista.

Y así, dentro de aquel inestimable cuerpo docente, el profesor Manzanera, más allá de su prolífico perfil académico que todos conocemos, cumplía con gran generosidad su rol de decano, transmitiendo con entusiasmo la esencia teológica y filosófica cristiana: la semilla del Evangelio. Sin esta premisa no se podría reconstruir la historia de las enseñanzas que dio el ISET, la Facultad de Filosofía y Ciencias religiosas de la UCB. La semilla del Evangelio nos hizo conscientes de que como estudiantes, como futuros intelectuales y, si se quiere, como filósofos y teólogos, éramos ante todo personas imperfectas y que el estudio, el conocimiento racional y la reflexión podían acercarnos a la verdad. Otra tarea que el padre Miguel Manzanera

cumplió con gran sabiduría fue dotar a los estudiantes de los mejores recursos teóricos para discernir la realidad del momento. Vivíamos los inicios de los años ochenta y la coyuntura mundial y latinoamericana atravesaba una muy particular transición. En el ambiente teológico que nos encontrábamos, los ecos del Concilio Vaticano II todavía resonaban fuertes; y, en el contexto de la Iglesia latinoamericana, se vivía el espíritu de la conferencia de Puebla celebrado en 1979. A eso se sumaron hechos muy impactantes, como el asesinato, en el mes de marzo de 1980, del padre Luis Espinal, en La Paz, Bolivia, y la del Obispo Oscar Arnulfo Romero, en El Salvador.

Por otro lado, la acción profética del padre Manzanera se extendía hacia a la reflexión teológica sobre la relación del hombre con la naturaleza: la vida, en el sentido biológico, lo cual le condujo en los años que siguieron a dedicarse a la creación del Instituto de Bioética. Hoy creo que revisar la evolución de las ideas del padre Manzanera nos podría ofrecer muchas luces para entender y actuar en el mundo actual. De mi parte, tuve la suerte a asistir a los cursos en los cuales difundía la esencia de sus convicciones intelectuales. En concreto, recuerdo que tomé dos de sus cursos. El primero, “Moral fundamental”, curso en el cual nos introdujo en la substancia teológica y filosófica de la moral, en la evolución histórica del concepto a través de la teología y la filosofía. El segundo fue el curso de “Antropología moral”, y, en esta clase, él ya daba las bases de lo que después vendría a constituir su pensamiento sobre la bioética.

En cuanto a cómo eran sus clases, el padre Manzanera tenía un espíritu muy tranquilo. Al entrar en sus clases los estudiantes no nos encontrábamos con un hombre que expresase pasión por lo que enseñaba; era más bien un hombre que mostraba mucho equilibrio. A veces su equilibrio lindaba la discreción, y no digo timidez, porque eso no habría correspondido al decano de una facultad; pues, su don

de maestro era llevarnos, con tranquilidad, a discusiones y problemas teóricos profundos y delicados. Algunas veces, como suele ocurrir con los estudiantes, influenciados por la época o por el mero afán de contradicción, además de atrevimiento por nuestra ignorancia, planteábamos audaces cuestiones; entonces, el padre Miguel, con magnanimidad y una sutil sonrisa nos daba a entender que nuestros argumentos eran débiles, o quizás hasta ingenuos, pero, con sus respuestas y explicaciones nos reconfortaba, haciéndonos sentir que nuestras ideas, a pesar de todo, eran importantes. Es decir, el padre Manzanera tenía la humildad de hacernos sentir importantes en nuestras opiniones e ideas. Ese fue el privilegio que tuvimos al ser estudiantes del padre Manzanera, del ISET; privilegio que concedió a nuestra juventud la erudición y la sabiduría del decano del ISET y de nuestros profesores.

En suma, las enseñanzas del padre Manzanera perdurarán como las enseñanzas de un profeta.